

MISIOLOGÍA URBANA
INSTITUTO BÍBLICO DE LAS IGLESIAS DE CRISTO DE ARGENTINA

Profesor Jonathan Hanegan

LA CRISIS CONTEMPORÁNEA DE LA MISIÓN

Reseña de la introducción de la obra, *Misión en transformación* por David J. Bosch.

Entre el peligro y la oportunidad

La definición de «misión» antes de la década de 1950:

1. Mandar a misioneros a un territorio designado
2. Las actividades realizadas por los misioneros
3. Un área geográfica receptora de actividad misionera
4. Una agencia misionera
5. El mundo no-cristiano o «campo misionero»
6. La sede desde la cual los misioneros operaban en su lugar de actividad
7. Una congregación local sin pastor propio, todavía dependiente del apoyo de una iglesia más antigua y establecida
8. Una serie de cultos especiales cuyo propósito era profundizar la fe cristiana o propagarla generalmente en un contexto nominalmente cristiano

Un enfoque más teológico de «misión»:

1. La propagación de la fe
2. La expansión del Reino de Dios
3. La conversión de los paganos
4. La iniciación de nuevas iglesias

Estas definiciones son de origen reciente. Hasta el siglo 16 el término se utilizaba exclusivamente con referencia a la doctrina de la Trinidad, es decir, al envío del Hijo por parte del Padre, y al del Espíritu Santo por parte del Padre y el Hijo.

El término «misión» presupone alguien que envía, una persona o personas enviadas por él, otras a quienes ellas son enviadas.

A partir del año 1930, la autocrítica misionera tuvo un gran impacto en los cristianos.

Si la teología es una «consideración reflexiva de la fe» (T. Rendtorff), es parte de la labor teológica considerar críticamente la misión como una de las expresiones (por distorsionada que sea en la práctica) de la fe cristiana.

Démonos cuenta de que encontrarnos en crisis implica la posibilidad de llegar a ser verdaderamente *la Iglesia*. El signo en la escritura japonesa para «crisis» se hace combinado de dos signos: el primero significa «peligro» y el segundo «oportunidad» (o promesa); la crisis, por lo tanto, no es el fin de la oportunidad sino en realidad su inicio.

La crisis en el sentido más amplio

No es sólo una crisis respecto a la misión, afecta a la iglesia entera:

1. El avance de la ciencia y la tecnología, juntamente con el proceso global de la secularización, parece haber reducido la fe en Dios a algo redundante.
2. El mundo occidental –tradicionalmente no sólo la cuna del cristianismo católico y protestante sino la base de la empresa misionera moderna en su totalidad– poco a poco está llegando a un punto de «descristianización».
3. Hoy vivimos en un mundo pluralista donde musulmanes, budistas y gente de muchas otras creencias están en contacto diariamente.
4. Debido a su complicidad con la subyugación y explotación de las razas de color, el Occidente –incluyendo a los cristianos occidentales– tiende a sufrir un agudo sentido de culpa.
5. Más que nunca hoy estamos conscientes del hecho de vivir en un mundo dividido –algo aparentemente irreversible– entre ricos y pobres, donde gran parte de los ricos son considerados (o por lo menos son vistos por los pobres como) cristianos.
6. La misma teología occidental hoy se le ve con sospecha en muchas partes del globo. Es desplazada en muchas partes por teologías del Tercer Mundo (mundo en vía de desarrollo): teología de la liberación, teología negra, teología contextualizada, teología *minjung*, teología africana, teología asiática, entre otras.

Lo sucedido en círculos teológicos y misionológicos en las últimas décadas es el resultado de un cambio paradigmático fundamental no sólo en las áreas de la misión y la teología sino en la experiencia y en la manera del pensar del mundo entero.

La misión: su base, su objetivo y su naturaleza

Las bases naturales para la «misión»:

1. El carácter absoluto y la superioridad de la religión cristiana frente a los demás
2. La aceptabilidad y la adaptabilidad del cristianismo a todas las culturas y a cualquier condición
3. Los mejores logros realizados por las misiones cristianas en los «campos de misión»
4. El hecho de que el cristianismo se ha mostrado más fuerte a través de la historia que las demás religiones

Motivos impuros para la «misión»:

1. El motivo imperialista (convertir a los nativos en sujetos dóciles de las autoridades coloniales)
2. El motivo cultural (la misión como la transferencia de la cultura «superior» del misionero)
3. El motivo romántico (el deseo de encontrarse en un país lejano, rodeado de personas exóticas)
4. El motivo del colonialismo eclesiástico (el impulso de exportar una confesión religiosa y unas normas eclesiásticas a otros territorios)

Motivos más adecuados teológicamente, pero todavía ambiguos en su manifestación:

1. El motivo de la conversión, el cual enfatiza el valor de una decisión personal y un compromiso, pero que tiende a limitar el Reino de Dios a lo espiritual e individual, entendiéndolo como la suma total de las almas convertidas
2. El motivo escatológico, el cual dirige los ojos de los pueblos hacia el Reino de Dios como una realidad futura y que, en su afán de provocar la irrupción del Reino final, pierde interés en las exigencias de esta vida
3. El motivo de *plantatio ecclesiae* (plantar iglesias o «church planting»), que enfatiza la necesidad de formar una comunidad de comprometidos, pero tiende a identificar la Iglesia con el Reino de Dios
4. El motivo filantrópico, a través del cual la Iglesia recibe el desafío de buscar justicia en el mundo, pero que fácilmente llega a identificar el Reino de Dios con una sociedad mejor

Una base inadecuada para la misión y motivos misioneros ambiguos conllevan a una práctica misionera deficiente.

Un «pluriverso» de misionología

Si es imposible ignorar la crisis actual en la misión, y no hay sentido en tratar de pasarla por alto, el único camino válido es el de enfrentarla con toda sinceridad *sin dejarse llevar por una actitud de derrota*. ... Hay que admitir la doble presencia de peligro y oportunidad, para luego proceder a ejecutar nuestra misión con plena conciencia de la tensión entre los dos.

Es imprescindible, por lo tanto, alcanzar una nueva visión para salir del presente hacia un nuevo tiempo de participación en la misión, lo cual no implica necesariamente tirar a la basura la experiencia acumulada de generaciones ni condenar con altivez los errores cometidos.

Estamos llamados a la realización de una nueva «labor pionera, que será más exigente y menos romántica que las hazañas heroicas de la época anterior» (Hendrik Kraemer).

Distintas teologías de la misión no necesariamente se excluyen; llegan a formar parte un mosaico multicolor de distintos y desafiantes marcos de referencia que se enriquecen y se complementan.

Misión: una definición provisional

1. La fe cristiana es intrínsecamente misionera.
2. La misionología, como una rama de la disciplina denominada teología cristiana, no es una empresa desinteresada o neutral: busca una cosmovisión que abarca un compromiso con la fe cristiana.
3. La misión no admite definición; no debe ser encerrada dentro de los estrechos confines de nuestras predilecciones. Lo mejor que podamos esperar es formular algunas aproximaciones a lo que la misión abarca.
4. La misión cristiana expresa la relación dinámica entre Dios y el mundo, en primer lugar a través del relato del pueblo de pacto, Israel, y más tarde en forma plena a través del nacimiento, muerte, resurrección y exaltación de Jesús de Nazaret.
5. La misión es una empresa que se ejecuta en el contexto de la tensión entre la providencia divina y la confusión humana. La participación de la Iglesia en la misión es un acto de fe sin garantía en el mundo.
6. La totalidad de la existencia cristiana debe caracterizarse como existencia misionera o, en palabras del Concilio Vaticano II: «la Iglesia en la tierra es misionera por naturaleza».
7. Teológicamente, la «misión *foránea*» no existe como ente separado. La justificación y el fundamento para cualquier misión llevada a cabo en el extranjero o en territorio nacional «radican en la universalidad de la salvación y la indivisibilidad del Reino de Dios» (Linz).

8. Es esencial distinguir entre *misión* (singular) y *misiones* (plural). La primera se refiere básicamente a la *missio Dei* (la misión de Dios), es decir, la autorevelación de Dios como el que ama al mundo; el compromiso mismo de Dios en este mundo y con este mundo; la naturaleza y la actividad de Dios que abarca a la Iglesia y al mundo, y en la cual la Iglesia tiene el privilegio de participar. El término *misiones* (las *missiones ecclesiae*: los proyectos misioneros de la Iglesia), se refiere a modos particulares de participación en la *missio Dei*, relacionados con períodos, lugares y necesidad específicos.
9. La tarea misionera es tan amplia, profunda y coherente como las necesidad y exigencias de la vida humana. Otra forma de decirlo sería: «toda la Iglesia que lleva todo el evangelio a todo el mundo». Toda persona se desenvuelve en medio de una serie de relaciones; por lo tanto, divorciar la esfera espiritual o personal de la material y social es señal de una antropología y una sociología falsas.
10. Por consiguiente, la misión es el «sí» de Dios al mundo. Al hablar de Dios, implícitamente se trae a colación el mundo como el escenario de la actividad divina. La misión es «participar en la existencia de Dios en el mundo» (Schütz).
11. La misión incluye la *evangelización* como una de sus dimensiones esenciales.
12. La misión es también el «no» de Dios al mundo. Si por un lado afirmamos el «sí» de Dios al mundo como una expresión de la solidaridad del cristiano con la sociedad, también tenemos que afirmar la misión y la evangelización como el «no» de Dios, como la expresión misma de nuestra oposición al mundo y, a la vez, nuestro compromiso con él. OJO: el «no» de Dios al mundo no encierra ningún dualismo, como tampoco el «sí» de Dios implica una continuidad ininterrumpida entre este mundo y el Reino de Dios.
13. La iglesia-en-misión es una *señal* en el sentido de ser indicador, símbolo, ejemplo o modelo; es un *sacramento* en el sentido de mediación, representación o anticipación. La Iglesia no es idéntica al Reino de Dios, pero tampoco es ajena a él; es «un anticipo de su venida, el sacramento de sus expectativas para la historia.»

La Iglesia vive en una tensión creativa: ha sido llamada a salir del mundo al mismo tiempo que es enviada al mundo; desafiando a actual como el terreno experimental de Dios en el mundo, un fragmento del Reino de Dios, mostrando la «primicias del Espíritu» (Ro. 8:23) como «las arras» de lo venidero (2 Co. 1:22).